

FELIPE TRIGO Y PORTUGAL

Antonio Sáez Delgado

Universidade de Évora – Centro de Estudos Comparatistas (FLUL)

Es imposible deslindar el acercamiento de Felipe Trigo a Portugal del experimentado por muchos escritores modernistas españoles, que encontraron en el país vecino y algunos de sus escritores una especie de complemento perfecto al fructífero diálogo establecido con Hispanoamérica. Como es bien sabido, una de las señas de identidad del modernismo fue el factor cosmopolita representado por Rubén y sus seguidores –con la poesía francesa simbolista al fondo–, que abrió las puertas de la lírica en castellano a los nuevos designios formales, provocando un intenso y acalorado debate con los autores más proclives a una interpretación castiza y nacionalista de aquel momento histórico.¹ De hecho, la primera década del siglo XX, aquella en la cual podemos situar la “edad heroica del modernismo”² en España, dibuja un mapa de franca disputa entre partidarios y detractores de las innovaciones formales importadas, con la evidente carga ideológica implícita en un proceso de equilibrios y tensiones que nos hace, un siglo después, pensar con algún sonrojo en la utilidad de la carga semántica que Juan Ramón Jiménez atribuyó al término “modernismo” –más como categoría epocal que meramente estética– en su conocido curso de 1953 en Puerto Rico,³ y que tan poco éxito cosechó (muy al contrario que en otras literaturas cercanas) en los estudios literarios españoles.

Desde este punto de vista, fácilmente ampliable al conjunto de la Península Ibérica, el modernismo fue un tiempo de controversia sobre el aperturismo de la literatura española a otras foráneas, en cuyo contexto el diálogo con las letras portuguesas tuvo un papel no siempre destacado como merece por la crítica. De la pluralidad y heterogeneidad de aquel periodo y de sus claras vetas estético–ideológicas son referentes inmediatos, y nos ayudan a elaborar un diagnóstico real de la situación, los escritores portugueses más fervientemente admirados en la España modernista: el realista Eça de Queirós en la prosa, que para Enrique Díez–Canedo⁴ resumía toda la presencia de las letras portuguesas en España; el “vencido da vida” Guerra Junqueiro, el simbolista Eugénio de Castro y saudosista Teixeira de Pascoaes en la poesía, representando a las corrientes nacionalistas o extranjerizantes también en boga en Portugal.

1 Sobre este asunto, véase Jesús Torrecilla, *La actualidad de la generación del 98*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2006.

2 Raúl Fernández Sánchez–Alarcos, “Los voceros de la modernidad ibérica (Villaespesa, Felipe Trigo y Luis Morote en Portugal)”, en José Andújar Almansa y José Luis López Bretones, *Villaespesa y las poéticas del modernismo*, Almería, Ediciones de la Universidad de Almería, 2005, pp. 332.

3 Cf. Juan Ramón Jiménez, *El modernismo. Apuntes de curso (1953)* (ed. Jorge Urrutia), Madrid, Visor, 1999.

4 Cf. Enrique Díez–Canedo, *Conversaciones literarias 1915–1920*, Madrid, Editorial América, 1921.

Es exactamente en ese contexto donde encontramos a Felipe Trigo mirando al país vecino. Fueron bastantes los escritores españoles del momento que se interesaron por la obra de los autores portugueses citados y que los tradujeron y publicaron en España. Las versiones de Eça de Queirós las firmó, entre otros, Ramón del Valle-Inclán; las de Guerra Junqueiro, Eduardo Marquina; las de Castro, Francisco Villaespesa; las de Pascoaes, Fernando Maristany. Un interesante abanico de mediadores culturales para situar las voces más importantes de las letras lusas modernas en el sistema plural de la literatura española, donde el acercamiento a Portugal formó parte de la estrategia aperturista del modernismo. No en vano, fue Rubén Darío quien consagró en España la obra del más divulgado y traducido poeta portugués del momento, el profesor de la Universidad de Coimbra Eugénio de Castro, cuyo libro *Oaristos* (1890) lo transforma en el primer simbolista de la península, y a quien dedicó Darío una conferencia bonaerense recogida en las páginas de *Los raros*.

Castro, que reunió el beneplácito y la admiración de poetas y personalidades tan diferentes como Darío y Unamuno, se convierte en pieza clave para entender el papel de Trigo en la lusofilia modernista, en la que destaca el protagonismo de Francisco Villaespesa. El poeta almeriense, autor de “Saudades de Portugal”, inserto en *Viaje sentimental* (1909), se echó a la espalda el legado rubeniano en su tentativa de promover el modernismo en España, para lo cual no dudó en incluir a Eugénio de Castro, junto a Gabriele d’Annunzio y Maurice Maeterlinck, entre su “Trinidad literaria”.⁵ Un simple vistazo a las cartas que el andaluz envió a Castro en la primera década del siglo XX nos depara con numerosas manifestaciones de entusiasmo, pues en ellas lo proclama “el primero de todos los poetas peninsulares”,⁶ y “mi poeta favorito”,⁷ del mismo modo que no dudó hacerlo en público, señalándolo como “el primer poeta de la raza latina”.⁸ Villaespesa se situaba, así, en la vanguardia de la lírica peninsular del momento, no dudando en pedir ayuda al portugués para operar en la poesía española el mismo cambio que se había producido en la lusa y en la hispanoamericana:

Vd. hizo en Portugal hace diez años lo que Rubén Darío y yo estamos ahora operando en las letras castellanas. Gracias a su genio, la poesía portuguesa tiene hoy cierto perfume de delicadeza, de suavidad, de algo alado y sutil, que nosotros intentamos darle hoy al idioma de Cervantes. (...)

Es precios que Vd. nos ayude con todas sus fuerzas en esta cruzada de Arte, en este llamamiento a la juventud de ambos países (...)⁹

En esa “cruzada de Arte” encontramos a Felipe Trigo. Rafael Cansinos Assens¹⁰ nos habla en sus memorias de la amistad que unía al extremeño con Villaespesa, algo así como su introductor en los ambientes literarios madrileños tras los primeros éxitos cosechados por *Las ingenuas* (1901) y *La sed de amar* (1903). El propio poeta dedi-

5 Francisco Villaespesa, Carta a Eugénio de Castro, 01/07/1910, recogida en Eloísa Álvarez y Antonio Sáez Delgado, *Eugénio de Castro y la cultura hispánica. Epistolario 1877–1943*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2006, p. 167.

6 Carta de agosto de 1902, *Ibidem*, p. 149.

7 Carta de 9 de septiembre de 1902, *Ibidem*, p. 153.

8 Francisco Villaespesa es una de las figuras consultadas, a modo de entrevista, en Amado Nervo, “Del florecimiento de la poesía lírica en Italia, Portugal y España”, en *Obras completas*, vol. XXII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1928, p. 15.

9 Carta de agosto de 1902, *Ibidem*, p. 149.

10 Cf Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato*, vol. I, Madrid, Alianza Tres, 1996, pp. 106–109.

cará al extremeño, en su libro *Rapsodias* (1905), el soneto “Teresa de Ávila”, ratificando la intensidad de aquella relación fraguada en torno a los frecuentes perfumes eróticos que afloran en las páginas de ambos.

Así, encontramos a Felipe Trigo pasando unos días en Lisboa en el verano de 1904, por invitación de Villaespesa, en medio del contexto descrito de hermandad entre los escritores modernos de ambos países. Esa breve estancia en la capital portuguesa, donde participa en banquetes literarios y tiene la ocasión de conocer a un importante conjunto de escritores, la refleja Trigo en dos crónicas literarias que tienen como título “Lisboa. Sarta de impresiones” y que aparecen en las páginas de *El Liberal* los días 17 y 24 de agosto de ese mismo año. Dos crónicas, curiosamente, que encontraremos de nuevo, fundidas en un solo texto, una década después, cuando Villaespesa (director de la publicación) las ofrezca en el número 2 de la revista *Cervantes*, aparecida en Madrid en septiembre de 1916, bajo el título de “Recuerdos de Portugal”. Sin duda, la muerte de Trigo el día 2 de ese mismo mes debió de estar en el origen de la recuperación de estos textos, y no deja de resultar significativo que el homenaje que Villaespesa le rinde en las páginas de su revista tenga como motivo central la estancia que los dos compartieron en tierras lisboetas.

Trigo, antes de ese viaje a Lisboa, ya formaba parte de las conversaciones postales de Villaespesa con sus interlocutores portugueses, como lo demuestra el hecho de que su nombre aparezca, con familiaridad, en dos cartas enviadas nada menos que a Eugénio de Castro. En la primera de ellas, fechada el día 19 de diciembre de 1902 y escrita en papel timbrado de la *Revista Ibérica* (bajo cuya cabecera compartieron páginas Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Antonio Machado y Rubén Darío con Eugénio de Castro o Guerra Junqueiro, entre otros), Villaespesa –director de la publicación– solicita al autor de *Oaristos* el envío de algún original inédito y de un retrato con el que transformarse en “alma de la sección portuguesa”.¹¹ En ese contexto de complicidad extrema con la estética modernista, Villaespesa cita los nombres de los escritores españoles sumados a la misma causa, entre los cuales encontramos a Trigo: “Aquí, Benavente, Valle-Inclán, los Machados, Trigo, toda la juventud que vale, está a mi lado incondicionalmente.”¹² La segunda de las referencias mencionadas se produce en una carta del 26 de agosto de 1904,¹³ durante la estancia de Villaespesa en Lisboa. El poeta español se dirige al maestro portugués para demostrarle su veneración, al tiempo que le ofrece una lista de autores que han escrito en España e Italia sobre su poesía, entre los cuales cita a Trigo, en un texto que aún no ha salido a la luz. Asimismo, en esa carta, Villaespesa pide a Castro que escriba a Trigo para solicitarle la dirección de Maria Maiochi Plattis, directora de la revista *Cordelia*, también interesada en la obra del poeta de Coimbra. De hecho, el autor de *Jarrapellejos* ya había establecido relación epistolar con Eugénio de Castro, probablemente gracias a la mediación de Villaespesa y sus amigos portugueses. En una carta del 23 de febrero de 1903, Trigo acusa al de Coimbra recibo de sus *Poesías Escolhidas*, le declara abiertamente su admiración tras la lectura de *Oaristos* (enviado por Manuel Cardía) y le anuncia el envío de *Las ingenuas* y *La sed de amar*, en una clara muestra de complicidad estética.¹⁴

¹¹ Eugénio de Castro y la cultura hispánica, ed. cit., p. 158.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*, p. 160.

¹⁴ Esta carta se conserva en el archivo del poeta conservado en la Biblioteca General de la Universidad de Coimbra, y se reprodujo en Antonio Sáez Delgado & Luís Manuel Gaspar (eds.), *Suroeste. Relaciones literarias y artísticas entre Portugal y España (1890–1936)*, Badajoz, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales–MEIAC, 2010, p. 115.

Parece claro, por tanto, que cuando el novelista extremeño llega a Lisboa no era un completo desconocido entre los escritores lusos. En esa misma dirección, la que nos habla de sus contactos con autores portugueses, caminan las crónicas mencionadas de *El Liberal*. Por sus páginas desfilan nombres fundamentales de la literatura portuguesa, como Eça de Queirós, Eugénio de Castro o Raúl Brandão, junto a otros escritores de un escalafón inferior, pero que también formaron parte de la red portuguesa de Trigo y Villaespesa: los poetas Mayer Garção, Fernando Reis y Dias de Oliveira, en primer plano, así como los novelistas Abel Botelho o Malheiro Dias. Si a estos nombres unimos el de otros personajes absolutamente relevantes de la vida cultural del Portugal del momento, como el de Teófilo Braga o el del conocido fotógrafo de prensa Benoliel, y añadimos los de otros cómplices españoles de este acercamiento, como Gómez Carrillo o Benavente, obtenemos de la mano de Felipe Trigo el retrato de grupo de aquellos jóvenes entregados al modernismo y a la hermandad ibérica:

Es lástima que nuestra literatura y nuestra Prensa no se preocupen de Portugal, del gran pueblo pequeño que lo merece y que nos ama. Su mentalidad, hoy, vale más que la nuestra en conjunto, hasta el punto de poder acreditar en la ajena ignorancia de ella, antes que el desdén del poderoso hacia el baladí, la indiferencia turca hacia lo progresivo. Por fortuna, de algún tiempo acá, se han establecido corrientes de curiosidad y afecto.¹⁵

Esta visión, refrendada de una u otra forma por todos los miembros de esta aventura ibérica, parece seguir la línea trazada por la prestigiosa opinión de Darío, quien, en las páginas que dedica a Eugénio de Castro en *Los raros*, se refiere así a la vitalidad de la literatura portuguesa, en detrimento de la española, en unas líneas que dialogan abiertamente con las citadas de Trigo:

Mientras nuestra amada y desgraciada madre patria, España, parece sufrir la hostilidad de una suerte enemiga, encerrada en la muralla de su tradición, aislada por su propio carácter, sin que penetre hasta ella la oleada de la evolución mental de estos últimos tiempos, el vecino reino fraternal manifiesta una súbita energía; el alma portuguesa llama la atención del mundo (...)¹⁶

En plena sintonía, uno de los frutos más visibles de aquel encuentro lisboeta fue la publicación, en 1905, de los dos números de la revista *Renacimiento Latino*, que dirigieron Villaespesa y Abel Botelho, donde también encontramos la firma de Felipe Trigo, y que traza una notable línea de continuidad en las relaciones peninsulares con respecto a la *Revista ibérica*. La amistad de Villaespesa con Botelho, así como su admiración por la obra del escritor portugués, fue compartida sin duda alguna por Trigo, que tradujo al español y prologó su novela *El barón de Lavos* (Madrid, Librería Pueyo, 1907), probablemente la primera obra de la literatura portuguesa que explora de manera firme el tema de la homosexualidad. El español, que publica ese mismo año *La Altísima*, confiesa su complicidad con el tema abordado por Botelho, afirmando en el “Prólogo del traductor” que “lo he hecho, al mismo tiempo, porque el tema de la singularísima novela complementa, en cierto modo, el plan general de las que yo escribo”.¹⁷

¹⁵ Felipe Trigo, “Lisboa. Sarta de impresiones”, en *El Liberal*, 17 de agosto de 1904.

¹⁶ Rubén Darío, *Los raros*, Zaragoza, Libros del Innombrable, 1999, p. 275.

¹⁷ Felipe Trigo, “Prólogo del traductor”, en Abel Botelho, *El barón de Lavos* (trad. Felipe Trigo), Madrid, Pueyo, 1907, p. 5.

Las huellas de Trigo en Portugal nos llevan, sorprendentemente, años después, a un destino poco conocido y muy inesperado. Abandonamos el contexto de la literatura realista o simbolista portuguesa y nos adentramos siguiendo su rastro en el contexto del primer modernismo (léase primera vanguardia) portugués, donde encontramos un pequeño pero interesantísimo conjunto de pistas que vincula a Felipe Trigo nada menos que con Fernando Pessoa. En efecto, hay al menos tres documentos en el archivo pessoano donde aparece el nombre de Trigo,¹⁸ lo cual revela que el autor de los heterónimos conoció, siquiera superficialmente, la obra del extremeño, sin poder descartarse que tuviera en su poder alguno de sus libros, pues, aunque no se conserva ningún título suyo en la biblioteca particular de Pessoa, sabemos que esa biblioteca es más pequeña de lo que debió de haber sido en vida de su autor.

En uno de esos documentos encontramos el nombre de Trigo (junto a los de los escritores españoles Miguel de Unamuno y Joaquín Dicenta; al del catalán Ignasi de Ribera i Rovira; y al del pintor naturalista Rodríguez Castañé, autor del conocido primer retrato al óleo del poeta) en un amplio listado de más de un centenar de escritores, fundamentalmente portugueses. Esa lista tendría como más que probable finalidad el envío de noticias sobre la aparición de la revista *Orpheu* (1915), órgano fundacional del primer modernismo portugués.

En los otros documentos encontramos a Trigo en el contexto de otros nombres españoles, algunos como meras referencias –es también el caso de Galdós– o con algún comentario más extenso –como ocurre con Campoamor o Espronceda–. En uno de estos, además, subrayando la idea de la posible existencia de un libro de Trigo que pasara por las manos de Pessoa (aunque ningún título del autor extremeño se tradujera al portugués), encontramos escrito, junto al nombre del autor, el título *La Altísima* (documento 49C¹–47¹), en un papel en el que también aparece Antonio de Hoyos con dos títulos: *El pecado y la noche* y *La vejez de Heliogábalo*. No deja de resultar curioso y significativo, al mismo tiempo, el hecho de que *La Altísima* tenga como uno de sus motivos centrales uno de los temas que más interesaron –y sobre los que más reflexionó– Pessoa: la locura.

Todos estos datos nos ayudan a conformar la imagen de Felipe Trigo en su relación con Portugal, no solo a través del contacto con los escritores realistas y simbolistas, sino hasta alcanzar el terreno de la primera vanguardia. A pesar de la escasez de datos encontrados hasta la fecha, Trigo estuvo en el camino de Eugénio de Castro y Fernando Pessoa, que es tanto como decir de los dos poetas portugueses más importantes en el contexto de las literaturas ibéricas en la primera y la segunda mitad del siglo XX, respectivamente. Solo este hecho, olvidado hasta el momento, hace ya necesario el rescate de la figura de Trigo en la tradición de los autores, como su amigo Villaespesa, interesados por el diálogo de las literaturas española y portuguesa.

¹⁸ Esos documentos corresponden a las signaturas 48B–48, 75–47^a y 49C¹–47. Cf Pablo Javier Pérez López, “Otras presencias españolas”, en *Pessoa Plural* nº 4, Brown University, URI:<http://hdl.handle.net/10316.2/27865> (última consulta 24 de febrero de 2017).